

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (CICLO A)

Éxodo 34,4b-6.8-9.	<i>Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso</i>
Daniel 3,52-56.	<i>A ti gloria y alabanza por los siglos</i>
2 Corintios 13,11-13.	<i>La gracia de Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo</i>
Juan 3,16-18.	<i>Dios mandó su Hijo al mundo, para que el mundo se salve por él</i>

COMENTARIO A LAS LECTURAS

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! Esta es la joya de todas las doxologías. Es una plegaria de alabanza que todos los cristianos repetimos diariamente desde muchos siglos atrás; desde que San Basilio Magno acuñó esta fórmula. La fiesta de la Santísima Trinidad, que hoy celebramos en la contemplación adorante, nos presenta el misterio supremo de Dios.

Jesucristo es la plenitud de la Revelación. El nos ha hecho conocer que es el Hijo del Padre Celestial, y que nos da el Espíritu que es de El y del Padre. Por Jesucristo, únicamente por El, sabemos quién es Dios. Celebramos hoy la solemnidad de la Santísima Trinidad después de haber contemplado el misterio de Cristo muerto y resucitado y después de la venida del Espíritu santo. Dios se nos ha manifestado enviando a su Hijo y a su Espíritu. Él es el Dios vivo y verdadero, uno en su naturaleza y trino en sus personas.

Sin embargo, nuestra tentación es siempre la misma: imaginarnos un Dios distinto de cómo lo ha revelado Jesucristo. Es más: corremos el riesgo de proyectar nuestros sentimientos y nuestras ideas, creando nosotros un Dios para nuestro uso y consumo. Es entonces cuando nos constituimos en medida de todas las cosas, incluso en medida de Dios mismo. Jesucristo nos enseña a contemplar las cosas desde la perspectiva de Dios y a caer en la cuenta de que Dios es infinitamente más grande y bello de lo que desde nuestra pobre perspectiva humana podemos imaginar. Es bueno pensar y tratar de comprender a Dios, pero más importante es amarlo. Dios no cabe en nuestra razón, pero sí cabe en nuestro corazón.

Hoy, en la fiesta de la Santísima Trinidad, cuando nos disponemos a contemplar, en adoración, este misterio tan profundo, sentimos la necesidad de llenarnos de ese Dios-Amor; de dirigirnos a Dios con las mismas palabras con las que han invocado a Dios las voces más elevadas de la piedad y de la mística bíblicas.

Le decimos con Moisés: "Señor, muéstranos tu Gloria"; con el salmista: "Busco tu rostro, Señor, no me escondas tu rostro"; con el Apóstol San Felipe: "Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta"; con San Agustín: "Señor, que yo te busque, invocándote; que yo te invoque, creyéndote, porque Tú, Señor, eres grande y admirable".

Aquí en el tiempo vemos a Dios en un espejo de metal bruñido y como en un enigma. Cuando todo desemboque en la eternidad, le veremos cara a cara, y le conoceremos como nosotros somos conocidos por El.

Hoy, cuando las palabras humanas son insuficientes para expresar el misterio inefable, es necesario que la oración adorante supla nuestras limitaciones para que "La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos nosotros. Amén"

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

Nos cuesta entender el Misterio de la Trinidad, pero este misterio no es para hacer matemáticas o cábalas raras, sino para expresar el amor de Dios. ¿Quién es para ti el Padre? ¿Y el Hijo? ¿Y el Espíritu Santo? ¿Cómo trabajan en tu vida?. Recuerda: el Padre es Dios; el Hijo es Dios; el Espíritu Santo es Dios. El Padre, el Hijo y el Espíritu son distintos, pero no son tres dioses, sino un solo Dios vivo y verdadero.

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
